

Varias semanas después, el eco de la visita de los Príncipes aún resuena en Teverga. Durante su estancia, Celso Peyroux, colaborador de LA NUEVA ESPAÑA, escritor y cronista oficial del concejo, acompañó a

Felipe y a Letizia para responder a todas sus preguntas sobre el pueblo ejemplar, pasado y presente. En esta crónica personal, Peyroux cuenta el desarrollo de esa inolvidable jornada y, con mirada retrospectiva,

también otros viajes en los que los teverganos llegaron al corazón de la Familia Real. A los herederos de la Corona se los vio por los valles del Trubia más cercanos y contentos que nunca.

Pasaron por Teverga, ya pueden ser reyes

De los compañeros de montería que cazaron osos con Juan Carlos I al gentío que arropó a los Príncipes, los vecinos del «Pueblo ejemplar» siempre han dejado huella en la Familia Real



Celso PEYROUX

1966. A por el oso. Corría el año de gracia de mil novecientos sesenta y seis. Castorín Cañedo –de la familia del palacio de Agüera, en Teverga– había invitado a Juan Carlos de Borbón, Príncipe de España, a participar en unas monterías para la caza del oso que tendrían por escenario los montes teverganos.

Aquel otoño se dispusieron todos los preparativos para que el Príncipe disfrutara de las batidas en compañía de los hermanos Cañedo: Castorín, Santiago y Pepito. Cena sobria, reposo abundante y con los cantos de los gallos de Farrín y en luna de las hojas caídas, toda la comitiva se puso en marcha hacia Peña Negra. Los acompañaban los guardas mayores, Mariano Velasco y Manolo Torce, con Pepe Xuaca, José Manolo, Herminio, José, el de Carmen, Ochoa, gentes de Somoza y otros monteros.

Por más voces que se oyeron en montes, hayedos y vaguadas, el oso no quiso asomarse a las esperas, y todos para el palacio de Entrago, esperando mejor fortuna al día siguiente.

Se cambió de escenario, pero tampoco en la sierra de La Verde quiso el animal salir a descubierto. Al tercer día, Franco llamó de urgencia al Príncipe y todo fue abandonado para cumplir con sus obligaciones de Estado.

Por aquellas fechas, este cronista cumplía la mili en el Ferral del Bernesga y no pudo relatar lo acontecido ni tomar las instantáneas como documentos gráficos locales para la historia del concejo. Pero al día siguiente de su coronación (sábado, 22 de noviembre de 1975), LA NUEVA ESPAÑA publicaba a toda página –de la mano de este cronista– el relato de aquellos días pasados en Teverga.

1981. El Libro de Oro. Todo ocurrió en el patio central del Reconquista en la primavera del año –también de gracia– de mil novecientos ochenta y uno. Se preparaba el personal para un acto organizado por la Fundación Príncipe de Asturias y antes de entrar a uno de los salones, me acerqué al lugar con un libro bajo el brazo, vestido con pantalones y chaqueta tejanos y unos zuecos de piel con los que había trotado por Francia aquel verano.

Conversaba el Rey con un grupo entre los que se encontraban mi entrañable amigo Adolfo Barthe, Graciano García –director de la FPA y persona muy querida, con «Asturias Semanal» en el recuerdo; el poeta Román Blanco –con quien tanto quise–, alguien más y el Príncipe Felipe con su carita de niño. Me

acerqué a un militar de la Casa Real y le di a conocer mis intenciones de entregarle el Libro de Oro de Teverga, publicado hacía tres años.

Con la correspondiente aqiescencia y respeto, me acerqué al Monarca y le tendí el preciado y precioso libro –con la historia y vida del concejo–, al tiempo que le hacía un comentario sobre una foto suya que aparecía en uno de los capítulos mostrando la montería al oso quince años antes.

Durante casi un cuarto de hora estuvimos hablando de aquellas jornadas, lamentando el Rey el fallecimiento de Castorín Cañedo, su anfitrión en Teverga y del desarrollo de las monterías. Los nombres de los monteros se habían diluido, pero recordaba con cariño los tres días pasados por estos lares. Me había parecido una persona grata, cordial, campechana y ávida de conocer a las gentes y sus circunstancias.

Siempre estará agradecido este cronista al Rey, a quien deseo una pronta recuperación. Su imagen sería y tranquilizadora –en aquella madrugada de febrero del ochenta y uno, en la que la libertad y la democracia vencieron a unos sediciosos que deseaban arruinar la paz y la convivencia– me quedará por siempre grabada en las retinas.

2002. Unas acuarelas. El acuarelista y escultor Juan Rionda me había invitado a participar en un libro en cuyas páginas aparecían varios poemas de este cronista ilustrando las imágenes.

Felipe de Borbón y Grecia aceptó la invitación para ir a visitar la exposición que tenía lugar en el auditorio por aquel año –de nueva gracia– de dos mil dos. El Príncipe –al que no había tenido la oportunidad de volver a ver en persona desde el patio del Reconquista– hizo un recorrido por todas las acuarelas atento a las palabras del artista que iba dando pinceladas sobre la belleza de sus acuarelas. Eran las playas del Cantábrico con sus acantilados, arena, barcas, y aguas, como esmeraldas, que bien parecían en movimiento gracias a la mano del pintor que les había dado vida.

Al final del itinerario pictórico le entregué un par de libros, nos estrechamos las manos y le deseé lo mejor –para él y su familia– por el bien del país astur y de nuestra bien amada Piel de Toro.

2013. El día más bello. Llovió con fuerza durante toda la noche, pero con las luces del alba Dios se apresuró a pintar de azul los cielos. El día está radiante y las cumbres de Sobia se muestran como un diamante iridiscente.

Me han llamado para acompañar a los Príncipes de Asturias en su visita a Teverga. Mes y medio antes,



Los Príncipes, en Teverga. | MIKI LÓPEZ

Las luces de la tarde se diluyen, y Felipe y Letizia se van de nuestro lado, pero se quedan con nosotros

el gran jurado había declarado a mi comunidad vecinal como «Pueblo ejemplar» del Principado.

Los espero, con olor-loor de multitud de gente y las autoridades, en la plaza del General Gonzalo, con su fuente que canta gozosa una bella melodía. Estoy al lado de Chano García. Él fue el promotor de todo cuanto viene ocurriendo en la Fundación Príncipe de Asturias en los últimos treinta años. Gracias, amigo querido. El Gran Capitán y Néstor nos están viendo mientras Anita Los Henos mira por la ventana. Ya están aquí, es la hora del mediodía. Aquel «niño de los cabellos de oro» –según un cuento infantil– había crecido y hubiera podido ser un buen jugador de baloncesto. A su lado, una princesa que sabe mucho de la bella y difícil jungla de letras sobre el papel escrito. Él se llama Felipe y ella, Letizia.

Saludos, sonrisas, besos, cercanía con el pueblo llano y, de pronto, veo una Luz entre los brazos de la Princesa, que le da un ósculo tierno al

tiempo que la niña, de quince meses, aplaude entusiasmada.

En las Consistoriales, los Príncipes firman en el libro de honor y reciben sendos regalos: una bella talla donde se muestra la idiosincrasia del concejo y un libro que narra la historia y vida de estos valles.

Y con las mismas, nos ponemos en marcha entre fotos, afecto, voces femeninas de «¡guapo!» y «¡guapa!». ¡Ay, mujeres! ¡Qué sería de nosotros sin ellas! ¡Qué estirpe, las féminas tevergas! ¡Madre del amor hermoso!, que diría mi madre. Ellas fueron las que sacaron a este solar del olvido, la tristeza y la desesperanza.

Tengo a mi lado a Ángel González. Camina despacio con un libro de versos que dice en la cubierta «Otoños y otras luces». Él, poeta y amigo, también fue premio de las Letras, y fue Felipe quien se lo entregó en el Campoamor una tarde de otro otoño pretérito: «... Ha pasado un ángel / que se llamaba luz, o fuego, o vida / y lo perdimos para siempre...».

Calle de Santiago García Fuente abajo, los Príncipes se sientan un instante en un banco elaborado para ellos, y les hacen entrega de una talla en madera con un oso lleno de vida. El escultor fue Julio Veigas, amigo entrañable desde la adolescencia. Un delicioso torrezno con vino en Casa Narciso –la taberna más vetusta, bella y popular de Teverga–, la sonrisa de Pepita y de sus hijos, y todos hacia la plaza de la Paz.

Desde los amplios ventanales de la hermosa mansión Marujina y los suyos saludan –gracias, Alteza– a los Príncipes. Quiero ver en ella la figura señorial de doña Carmen Mendoza, la antigua propietaria. Al paso nos salen María Jesús y Pepe Patona, padres de nuestro mejor futbolista de todos los tiempos: Adrián López, con cuyo equipo simpatiza Felipe, aunque él sea prudente a la hora de inclinarse por un club. Letizia sabe poco de fútbol, pero mucho de otras muchas cosas.

Ángel González, el poeta, ya había visitado nuestro querido solar de la mano de Manolo Lombardero, Paco Ignacio Taibo y Juan Benito Argüelles... Bella tarde, aquella en el chalé de don Santiago. La luz es inmensa y apacible, tal fuera el final del estío. El poeta me lo susurra al oído: «... apagadas cigarras, unos grillos apenas, / defienden el reducito / de un verano obstinado en perpetuarse...».

Alegría desde los balcones y ventanas de La Moderna y la casa de Chalo Blanco. En la plaza, más abrazos, manos que se deslizan, afectos y Milina –esposa que fue del recordado don Octavio Canteli–, con sus casi cien años, sonríe dichosa a los Príncipes. Pedrera arriba, La Tasquina de Antonio, Gelo Callejina con las buenas gentes de La

Canacha y las hojas de los chopos que amarillean junto al río: «... de los álamos vengo...».

Más saludos corporativos y de pronto las Infantas, que nos salen al paso y corren a los brazos de sus padres. Celia, Ita y Bárbara les regalan un hermoso cuadro a pastel con las caras sonrientes de las niñas. Letizia, madre sobre todo, lo agradece. Felipe está dichoso por ver a la familia reunida y mira a la Princesa: «... así te he visto yo desde la sombra / contempladora, fiel, constante, / vencido el dulce gesto / y la mirada absorta...».

En la plaza de Valentín Escobar –salvador de la colegiata del fuego y de las hordas– el gran jurado da la bienvenida a los Príncipes. Todos son viejos conocidos y amigos del alma. Ángel dialoga con Fernando Beltrán, y en el Aula de las Metáforas hablan de versos. Un tumulto medurado de gente los recibe y aplaude. Visita a la colegiata. Los capiteles enmudecen. Luces y sombras por todas partes. La piedra en carne viva desde hace mil años: «... enigmática luz, tan clara y pura / que tan sólo se ve en lo que desvela...».

Los artistas comediantes teverganos hacen las delicias con sus parodias en los claustros, y Felipe se ríe a carcajadas. A la salida, bajo el tejo centenario de Alfonso Camín, queda la piedra al descubierto y el bronce señala que aquí hay un pueblo ejemplar por los tiempos de los tiempos. Se oye la palabra precisa y preciosa de Mino, Fermín y de Felipe. Felipe se acuerda de nuestro general Gonzalo y Matilde solloza de alegría. Hay recordatorios, verbos de fe y esperanza en el futuro. Habrá que estar atentos, de ahora en adelante, al reloj para no perder el crono de la vida y la antorcha de lo sublime: «... nunca llegué a esa luz. / Cuando iba a alcanzarla, / el tiempo, más veloz, ya la había apagado con su pátina...».

Vuelta al pasado en San Salvador de Alesga. Los niños encienden las horas pasadas y artistas virtuales nos muestran sus pinceles.

Refectorio improvisado con más de seiscientos comensales. Buenos y bien presentados manjares y caldos bien cultivados con sabor a néctar, y borrachinos. A los postres, un libro con el verde esperanza se distribuye para que el recuerdo y la palabra escrita perduren por siempre.

Las luces de la tarde se diluyen y Felipe y Letizia se van de nuestro lado, pero ellos se quedan con nosotros. Flores para Ramón. Sonrisas y lágrimas y un pueblo ejemplar que los despiden.

La luz que era de oro ahora es de plata. Es como si el sol no quisiera irse: «... que perezoso día / que no quiere marcharse / hoy a su hora...». Pepín Efecolada nos lo dijo cuando la noche cerraba: «Ahora ya pueden ser Reyes, pasaron por Teverga».